

Matteo Ricci, un jesuita en China

Leandro Sequeiros

El 11 de mayo de 1610 falleció en Pekín el jesuita Matteo Ricci. En mayo de 2010 se cumplirán cuatrocientos años de este acontecimiento. Por eso, un año antes los jesuitas han iniciado la celebración del llamado «Año de Matteo Ricci». El 17 de mayo de 2009 dieron comienzo en Macerata, su ciudad natal, los actos. La conmemoración tendrá lugar también en otras partes del mundo.

El 6 de mayo de este año se había hecho pública una carta del Papa Benedicto XVI al Obispo de Macerata, Claudio Giuliodori, en la que el Papa subraya «la profunda fe y el extraordinario talento cultural y científico» que durante largos años alimentaron los esfuerzos de Ricci para establecer un diálogo entre Occidente y Oriente, al mismo tiempo que se empeñaba en una profunda inculturación del Evangelio en la vida y cultura del gran pueblo chino. Algunas ciudades chinas han dedicado calles y plazas a su nombre.

Entre otras cosas dice: «A pesar de las dificultades y las incomprendiones que afrontó, el padre Ricci quiso mantenerse fiel hasta la muerte a ese estilo de evangeli-

zación, aplicando –se podría decir– una metodología científica y una estrategia pastoral basadas, por una parte, en el respeto de las sanas costumbres del lugar, que los neófitos chinos no debían abandonar cuando abrazaban la

es la China una tierra muy grande, pacífica, sin tener guerras ningunas, tierra de mucha justicia, según lo escriben los portugueses que en ella están, es de más justicia que ninguna de la cristiandad

fe cristiana; y, por otra, en la convicción de que la Revelación podía valorarlas y completarlas aún más. Y precisamente de acuerdo con estas convicciones, el padre Ricci, como habían hecho los Padres de la Iglesia en el encuentro del Evangelio con la cultura grecorromana, planteó su clarividente labor de inculturación del cristianismo en China, buscando un entendimiento constante con los doctos de ese país».

El testimonio de Ricci continúa siendo hoy un modelo para el en-

cuentro de la civilización europea y china. Por eso, el 18 de junio se presentó en Roma un DVD titulado *Matteo Ricci, un jesuita en el Reino del Dragón*, de Gjon Kolndrekaj. Es una reconstrucción de los momentos más importantes del misionero jesuita, de sus descubrimientos y los esfuerzos «que lo han hecho protagonista del diálogo entre fe y cultura», en palabras del autor. Muchas escenas del documental han sido filmadas durante un reciente viaje del autor a China. Las entrevistas que se incluyen en el documental sitúan a Ricci en su época y al mismo tiempo subrayan su actualidad. El DVD va acompañado de un libro, profusamente ilustrado, que traza la biografía de Ricci, no exenta de dificultades por su audacia en inculturar el evangelio en el mundo chino.

La llegada de los jesuitas a China

Ya en 1307, unos misioneros fundaron el episcopado de Pekín. Eran los tiempos de la dinastía mongola Yuan (1271-1368), tolerantes con otras religiones. Pero cuando en 1368 los Ming se hicieron con el poder, los extranjeros dejaron de ser bien vistos. Si bien los Ming no aislaron completamente su imperio del resto del mundo, tal como a ve-

Matteo Ricci, un jesuita en China

ces se dice, sus contactos se limitaron como mucho al comercio. Una gran parte de la plata que los portugueses y los españoles ganaban en las colonias americanas la entregaban a cambio de productos chinos de lujo en Occidente: sedas, perfumes, etc.

Los jesuitas y China

Las noticias sobre China llegaron a San Ignacio a Roma en las cartas de Francisco Javier: primero, en 1549, escribe desde Kagoshima, en Japón, insistiendo en la necesidad de aprender la lengua para evangelizar; más adelante, en 1552, vuelve a escribir advirtiendo en este caso de la necesidad de aprender la cultura para poder traducir los conceptos del cristianismo a sus categorías.

Pero Francisco Javier notó enseguida que la cultura de Japón provenía del gran continente chino. Y comenzó a tener el deseo, que no abandonaría hasta la muerte, de predicar en este país. Si se convertiría China (escribe en Cochín en 1552) pronto se convertirían los japoneses. Y escribe: «La tierra de la China está cerca de Japón y (...) de la China les fueron llevadas las secas que tienen. Es la China una tierra muy grande, pacífica, sin tener guerras ningunas; tierra de mucha

justicia, según lo escriben los portugueses que en ella están; es de más justicia que ninguna de la cristiandad»¹. Javier se quedó a las puertas de China. Pero quien recogió el reto fue Alexandro Valignano (1539-1606)². Partió de Lisboa en 1574 y llegó a Macao en 1577.

Los jesuitas llegaron a Extremo Oriente, como el resto de las órdenes religiosas, a finales del siglo XVI. Cuando los jesuitas llegaron a China en 1582, ya no existía allí ninguna comunidad cristiana, los emperadores de finales del siglo XVI descuidaban cada vez más sus deberes y el aparato estatal se iba derrumbando progresivamente. En estas circunstancias,

¹ J. A. CERVERA, *Ciencia Misionera en Oriente. Los misioneros españoles como vía para los intercambios científicos y culturales entre el extremo Oriente y Europa en los siglos XVI y XVII*, Cuadernos de Historia de la Ciencia, n.º 12, Universidad de Zaragoza, 2001, 579 pp. (p. 205); D. SCHÄFER, «Matteo Ricci, el misionero sabio», en *Investigación y Ciencia*, 381, junio 2008, 32-40; F. MIGNINI (ed.), *Matteo Ricci: Europa am hofe der Ming*, Catálogo de la exposición en el Museo de Cultura Asiática, Berlín, 2005.

² Ver SOTOMAYOR (1991), «El camino de la inculturación en la evangelización de los jesuitas», en *Proyección*, Granada, 38 (1991), 219-233; J. DOMÍNGUEZ y CH. O'NEILL, *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, 4 vols., Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 2001.

muchos intelectuales chinos criticaban el escaso conocimiento de los soberanos para resolver problemas prácticos. Por eso, los sabios chinos mostraban gran interés por la investigación en agricultura, en geografía, en astronomía, en matemáticas o en botánica. Conocedores de esas necesidades, algunos misioneros van a ofrecer esos saberes.

Dentro de la administración imperial, el mandarín Chang Chü-Cheng (1525-1582) era uno de los hombres de más talento con un poder político efectivo. Durante el ejercicio de su mandato, consiguió que disminuyera la corrupción y se mejorara la administración de la justicia. Cuando muere, China es un país próspero, que inicia un período de apertura desde el punto de vista cultural, que incide en los campos científico, filosófico y religioso. Aprovechando esta situación, Alessandro Valignano y Michele Ruggieri (1543-1607) se instalaron en China, y aunque las autoridades no dieran facilidades para que los extranjeros trataran con la población, permitieron que en algunas ocasiones estos jesuitas tuvieran algún contacto que les permitió comenzar a estudiar las costumbres del pueblo chino.

En 1583, se establece la primera residencia de los jesuitas en Zhao-

qing, ciudad situada al sur del imperio, lejos del centro de poder político de Pekín. Allí es donde Ruggieri comenzó a instruir a los misioneros que iban llegando en la lengua y la cultura china. En esta primera época Ruggieri cuenta con un discípulo aventajado, Ricci, que nada más llegar comienza a explorar la tendencia sincretista de los pensadores chinos con el fin de presentarles la semejanza entre las doctrinas de Confucio y el cristianismo.

Tuvieron que transcurrir más de veinte años para que los jesuitas obtuvieran el permiso para establecerse en la capital.

Mateo Ricci, apóstol de la inculturación

Matteo Ricci había nacido en Macerata –costa Adriática de Italia– el 6 de octubre de 1552³. A los nueve años, en 1561, comenzó a asistir como alumno al Colegio de los je-

³ Una síntesis actualizada de su vida en: J. SEBES, «Ricci, Matteo», en DOMÍNGUEZ y O'NEIL, *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús* [material no publicado]. Ver también: H. BERNARD, *Le Père Matthieu Ricci et la société chinoise de son temps (1552-1610)*, 2 vols., Tiensin, 1937; F. BORTONE, *P. Matteo Ricci, il «Saggio d'Occidente»*, Roma, 1965; V. CRONIN, *The Wisse Man from the West*, Londres, 1955.

Matteo Ricci, un jesuita en China

suitas de su ciudad natal. Acabados sus primeros estudios, a los dieciséis años, parte para Roma para estudiar la carrera de Derecho. A los diecinueve, ingresa en la Compañía de Jesús, más tarde es destinado a Florencia a estudiar Humanidades, y entre 1573 y 1577 vive en Roma, estudiando en el prestigioso Colegio Romano, en el que cursa Ciencias con el prestigioso físico, también jesuita, Christophorus Clavius.

Ricci siente la vocación a trabajar en Asia y allí es destinado. En 1577 se traslada a Coimbra, donde tras estudiar portugués comienza sus estudios de Teología. En 1578 zarpó de Lisboa junto con otros 13 jesuitas. Llegó a Goa en septiembre de ese año y continúa allí sus estudios de Teología, mientras enseña latín y griego. A los veintiocho años, en 1580, es ordenado sacerdote en Cochín (actualmente, Kochi, en el estado indio de Kerala), y dos años después parte de Goa y llega a Macao el 7 de agosto.

Instalado en Macaco, emprende la dura tarea de aprender la lengua china, mientras permanece a la espera de entrar en China. Guo Yingping, gobernador general de las provincias de Guangdong y Guangxi, concede por fin en 1583 el permiso necesario para que Ruggieri y Ricci se puedan insta-

lar en Zhaoqing, al oeste de Guangzhou. En estas fechas Ricci tiene ya treinta y un años y se plantea como objetivo hacer lo necesario para conseguir el per-

mientras espera la autorización para ir a Pekín, expone en las dependencias de la residencia algunos objetos occidentales que ha trasladado consigo y que resultan de gran interés para los visitantes chinos tales como relojes, prismas venecianos, cuadros y libros

miso para poder instalarse en el centro del imperio, la capital, Pekín, objetivo que no logrará hasta 1598.

Primero como monjes

Durante los seis años que trascurren entre 1583 y 1589, en la residencia jesuita de Zhaoqing, Ricci entra en contacto con el mundo cultural chino. Para ello expone un mapa del mundo que suscita tal interés entre sus visitantes que, a

sugerencia de éstos, copia y traduce al chino y hace imprimir en 1584: se trata de la primera edición del famoso *Mapamundi, Mapamondo o Yudi Shanhai quantu*. Otro recurso que utiliza, mientras espera la autorización para ir a Pekín, es el de exponer en las dependencias de la residencia algunos objetos occidentales que ha trasladado consigo y que resultan de gran interés para los visitantes chinos tales como relojes, prismas venecianos, cuadros y libros. Con estas y otras estratagemas consigue establecer contactos y logra la conversión de unas setenta personas. Posiblemente para entonces, Ricci había adoptado ya su nuevo nombre chino: Li Madou.

En 1589, es nombrado un nuevo gobernador general, que ordena a los jesuitas que se vayan de su provincia. Aprovechando esta expulsión, en vez de regresar a Macao, Ricci logra una autorización del nuevo gobernador que le permite establecerse en la parte norte de la provincia de Guangdong. De este modo, los jesuitas se trasladaron a Shaozhou, lugar en el que encuentran más facilidades, pues pueden adquirir una casa y construir una iglesia, para ello adoptan los ropajes y el porte exterior propio de los monjes budistas.

Atraídos por la sabiduría de los occidentales, muchos chinos ins-

truidos se acercaron para acceder a su sabiduría. Entre ellos, un joven llamado Qu Ruku, interesado en la alquimia, pide estudiar bajo la guía de Ricci. Ricci admite a Qu como discípulo y lo instruye en matemáticas, astronomía y en religión cristiana. Más tarde, Qu se hizo cristiano.

Luego como letrados

Hacia 1590, al caer en la cuenta de que el rango social de los monjes era inferior al de los letrados o gente instruida, los jesuitas adoptaron el vestido de los letrados, y como ellos, se dejaron crecer el pelo y la barba. Para entonces, Ricci dominaba ya la lengua china, y había traducido los *Cuatro Libros de Confucio* al latín, bajo el título de *Tetrabiblon sinense de moribus*⁴. A la vez ideó el primer sistema para transcribir, en letras romanas, el idioma chino. Estos dos logros de por sí justifican el reconocer a Ricci como padre de la sinología occidental.

En 1592, la residencia de los jesuitas es atacada y Ricci herido en un pie, con lo que queda cojo para toda la vida. Con la idea de que pa-

⁴ El manuscrito se conserva en los archivos de la Compañía de Jesús en Roma.

Matteo Ricci, un jesuita en China

ra convertir a China a la fe cristiana deberían convertirse primero el Emperador y las clases dirigentes, Ricci abandonó Shaozhou y viajó en 1595 a Nanking/Nankín, esperando seguir hasta Pekín. Al no poderse quedar allí por la invasión japonesa de Corea, una zona dependiente de China, Ricci continuó hasta Nanchang, donde obtuvo de nuevo un permiso de residencia.

Durante su estancia en Nanchang publica, en 1595, su primer libro en chino, *Jiaoyoulun* («Sobre la Amistad»), y traduce al chino y edita, en 1596, su pequeño *Tratado sobre Mnemotecnia* (en chino, *Xiguo jifa*) con el fin de satisfacer a los visitantes que deseaban saber cómo cultivaban la memoria los occidentales⁵.

En 1598, Wang Hunghui, ministro de ritos de Nankín, se percató de que el saber astronómico y matemático de los occidentales podría ayudar a mejorar el calendario chino. Para ello, se ofreció a escoltar a Ricci y a su compañero jesuita, Lá-

zaro Cattaneo, hasta Pekín. Durante el viaje, Cattaneo, que era músico, había logrado captar la variedad de tonos usados por los chinos al hablar y ayudó a Ricci a preparar un diccionario chino, *Vocabularium sinicum, ordine alphabetico europeorum more concinnatum et per accentus suos digestum*, en el que se consignaban los cinco tonos y las aspiraciones de las palabras usadas en el lenguaje oficial. Por desgracia, esta obra no se ha conservado.

Los viajeros llegaron a Pekín el 7 de septiembre de 1598. Debido a que los chinos desconfiaban de todos los extranjeros, se negaron a recibir a los misioneros. Wang les aconsejó que volviesen a Nankín, a donde llegaron en 1599. Muchos funcionarios eruditos visitaron a Ricci y Cattaneo en su residencia de Nankín. Uno de ellos, el eminente sabio Li Zhi, escribió a un amigo sobre Ricci: «Ya puede hablar nuestra lengua con fluidez, escribe nuestros caracteres y se comporta según nuestras normas de conducta. Produce una impresión imborrable: interiormente refinado y por fuera de una gran franqueza. Entre todos mis conocidos, no sé de nadie que se le pueda comparar».

Cuando se presentó una segunda ocasión de viajar a Pekín, Ricci la aprovechó sin vacilar. Pero cuando iban de camino, Ricci y sus

⁵ J. D. SPENCE, *The memory palace of Matteo Ricci*, Nueva York, Viking, 1984, p. 143. [Traducción (el manuscrito se conserva en los archivos de la Compañía de Jesús en Roma) española: *El palacio de la memoria de Matteo Ricci. Un jesuita en la China del siglo XVI*, Tusquets, Barcelona, 2002, 340 pp.]

compañeros (Diego de Pantoja y el hermano jesuita Zhong Mingren) fueron detenidos en Linqing durante casi medio año, por orden

la obra que hizo más famoso a Ricci fue la traducción al chino de los seis primeros libros de los Elementos de Euclides, realizada junto a su alumno Qu Rukui; la obra se imprime en 1607, y al igual que el mapamundi de unos años antes, dio a Ricci un gran prestigio; la versión insistía sobre todo en los aspectos prácticos, que son los que más interesaban a los chinos

del director de impuestos. Incluso se les confiscaron algunos de los regalos destinados al Emperador. Más tarde, llamados a la capital, llegaron el 24 de enero de 1601.

El Emperador Wan Li quedó encantado con los regalos⁶ y dio or-

⁶ Entre los regalos, había dos relojes, tres pinturas al óleo, un clavicordio, prismas venecianos y el *Theatrum Orbis Terrarum* de Ortelius.

den de que los misioneros se hospedasen en el palacio y enseñasen a los eunucos a reparar los relojes y a tocar el clavicordio.

Del palacio se trasladaron a la residencia destinada a los diplomáticos extranjeros. Allí recibían muchas visitas, entre ellas viajeros de Asia central. Por ello, Ricci llegó a la conclusión de que el Cathay de Marco Polo era sólo otro nombre para China. Esta información la envió Ricci a sus compañeros jesuitas de la India y Europa, y llegó a su vez a la embajada del jesuita misionero de Cathay Bento de Goes (1592-1607), que confirmó la exactitud de lo dicho por Ricci.

La traducción al chino de los *Elementos* de Euclides

La obra que hizo más famoso a Ricci fue la traducción al chino de los seis primeros libros de los *Elementos* de Euclides, realizada junto a su alumno Qu Rukui (o Xu Guangqi). Algunos autores opinan que la traducción se hizo para persuadir a los chinos de la superioridad de la ciencia occidental y, por tanto, de la superioridad de la religión cristiana respecto al budismo.

Dos años antes, en 1604, Qu Rukui, el antiguo alumno de Ricci en Shaozhou había pasado los exá-

Matteo Ricci, un jesuita en China

menes y llegaba al más alto grado del mandarinato, el grado *jin shi*. Ese mismo año se hizo cristiano y empieza una ingente tarea misionera junto con Ricci. En 1606 ambos se ponen a traducir la obra de Euclides al chino, deteniéndose en el libro sexto por indicación de Ricci. La obra se imprime en 1607, con el título *Elementos de Geometría (Jihe yuanben)*, y al igual que el mapamundi de unos años antes, dio a Ricci un gran prestigio. Uno de los honores más grandes es que se le concedió un terreno para su mausoleo cuando muriese, la primera vez que se concedía a un extranjero, y que suponía el reconocimiento de la *nacionalidad china*.

La traducción de los primeros seis libros de los *Elementos* de Euclides estuvo precedida de dos prólogos. Uno escrito por Matteo Ricci y otro por Qu Rukui (o Xu Guangqi). La versión de los *Elementos* de Euclides introducida en China insistía sobre todo en los aspectos prácticos, que son los que más interesaban a los chinos: medición de áreas, volúmenes, etc., dejando de lado las cuestiones más especulativas.

Los libros VII al XIII fueron traducidos (y no por casualidad) por los misioneros protestantes que llegaron a China. Alexander Wylie, con

la ayuda del matemático chino Li Shanlan, los publicó con el título de *Continuación de los Elementos de Geometría (Xu juhe yuanben)* en 1857.

Diálogo y armonía entre la ciencia y la fe en el cristianismo

La gran intuición de Matteo Ricci, y por la que ha pasado a la historia como paradigma del encuentro entre la ciencia y la religión en China, es que la ciencia puede ser un medio poderoso para la propagación de la fe, opinión que en aquel tiempo era una tarea muy difícil. La teología occidental cristiana se había expresado en un lenguaje filosófico que implicaba un modo de pensar la realidad, de desarrollar los procesos lógicos de la mente y utilizar unos símbolos que eran incomprensibles en China. ¿Era posible desnudar culturalmente la teología occidental para reelaborarle un ropaje que la hiciera comprensible?

La pregunta de entonces sigue siendo una pregunta que se hacen en la actualidad científicos, filósofos y teólogos: unos y otros intentan encontrar plataformas comunes de diálogo entre ciencia y religión. Ricci, en este proceso, fue un adelantado. Y con las salvedades

culturales y teológicas anacrónicas, señala un camino de presencia inculturada del Evangelio.

El primer paso que Ricci y los jesuitas dieron en China es el de aprender la lengua; Francisco Javier había acudido a intérpretes, pero era muy complicado traducir no sólo las palabras, sino los procesos mentales.

El segundo paso, necesario, fue conocer y valorar la cultura china: el complejo sistema social que constituía la base de la cohesión del imperio.

El tercer paso de la estrategia de Ricci era éste: dado que China era un país muy centralizado en el que el emperador y sus mandarines ostentaban un gran poder, si se accediese a la conversión de la cabeza, el resto del pueblo seguiría los pasos de sus dirigentes, a los que se tenía una gran veneración.

El cuarto paso consistió en elegir una estrategia para llegar a las clases dirigentes del país. Ricci lo tuvo muy claro: el modo de acceder a las clases dirigentes era ofreciendo algo que no tenían: el saber de la ciencia de Occidente. Una ciencia que, incluso, podría solucionar problemas políticos y económicos del país, como era la confección de mapas, el uso de la astronomía pa-

ra elaborar un calendario, entrenar la mente para recordar muchos conceptos mediante métodos mnemotécnicos.

El plan de Ricci consistía en que, si se controlaba el conocimiento científico, se podría controlar también la educación. Sabemos que desde el principio, junto con la tarea misionarial, el otro gran objetivo de los jesuitas en China fue la creación de una red de colegios, tal como habían hecho en Europa con mucho éxito.

Como señala el historiador de China, Jami⁷, los jesuitas no consideraban los conocimientos científicos chinos como una fuente de la que Europa pudiera aprender algo. Si ciertos conocimientos les parecían interesantes para ser transmitidos, eran más bien algunas técnicas o curiosidades, no un sistema de saber. Al fin y al cabo, Ricci y los suyos buscaban aparecer en China como portadores de un saber que mostraría la superioridad de su religión.

Ricci se dio cuenta del valor que los conocimientos científicos po-

⁷ C. JAMI y H. DELAHAYE (eds.), *L'Europe en Chine. Interactions scientifiques, religieuses et culturelles aux XVII^{ème} et XVIII^{ème} siècles*, París, 1993, Collège de France (Institut des Hautes Études Chinoises), ver p. 149.

Matteo Ricci, un jesuita en China

dían tener para la evangelización de China. En una carta fechada el 15 de febrero de 1609 al compañero jesuita Francesco Pasio, dice lo siguiente: «... porque no he hecho otra cosa que enseñar algo de matemáticas y cosmografía (...) que han servido para abrir los ojos a los chinos que estaban ciegos; y si esto lo decimos de las ciencias naturales y de las matemáticas, ¿qué diremos de aquellos conocimientos más abstractos, como son la física matemática, la teología y lo sobrenatural?».

Pero Ricci iba más allá. Intentaba mostrar que la imagen del mundo que presentaba el budismo era anticientífica, mientras que la que presentaba el cristianismo era más compatible con los datos científicos⁸. Ricci pretendía convencer a los chinos con los argumentos científicos de Occidente.

La controversia de los ritos chinos

Matteo Ricci es un paradigma hoy del intento de tender puentes entre Oriente y Occidente, entre las cien-

cias europeas y las chinas, entre el cristianismo y las religiones. Aunque soportó períodos de persecución, siempre supo superar las situaciones difíciles. Pero mientras todo esto sucedía, se iba agudizan-

los jesuitas querían seguir su propio método apostólico basado en una prudente adaptación misionera, que tendía a aprovechar cuanto hubiera de aprovechable en los pueblos de misión, y que podría quedar condensado en esta doble función: adaptar lo nuestro a lo suyo y adoptar lo suyo en lo nuestro, siempre que pudiera ser integrado en el cristianismo

do otro problema que finalmente destruyó la misión de China: este problema es el relativo a la Controversia de los Ritos Chinos.

La de los Ritos Chinos no fue tan sólo una controversia especulativa, en ella se mezclaron otras circunstancias que envenenaron todo, aunque hubiese buena volun-

⁸ P. D'ELIA (ed.), *Fonti Ricciane. Storia dell'Introduzione del Cristianesimo in Cina* (textos y cartas de Matteo Ricci), Roma, La Libreria dello Strato, 1942-1949. En: J. A. CERVERA, *op. cit.*, pp. 211-212.

tad por ambos bandos. Se trataba de un conflicto de método apostólico entre diversas órdenes religiosas, un conflicto en el modo de proceder de diversos institutos misioneros, un conflicto entre rivalidades nacionales proyectado más allá de las fronteras propias. Junto con todo esto se trataba de un conflicto jurídico creado en torno a la institución de los Vicarios Apostólicos, que pugnaba entonces con el antiguo régimen de Patronato; un conflicto entre las potencias coloniales; y, por fin, un conflicto en el que pugnaban los jansenistas.

La raíz de la controversia puede hallarse en el diverso método de evangelización seguido por unos y otros. Con los jesuitas, la inculturación, el estudio de la lengua china, el uso de la ciencia y, sobre todo, el gran respeto por la cultura china, se adelantaron a su tiempo. La Iglesia Católica consiguió un gran prestigio en China gracias a los jesuitas. Los jesuitas querían seguir su propio método apostólico basado en una prudente adaptación misionera, que tendía a aprovechar cuanto hubiera de aprovechable en los pueblos de misión, y que podría quedar condensado en esta doble función: adaptar lo nuestro a lo suyo y adoptar lo suyo en lo nuestro, siempre que pudiera ser integrado en el cristianismo.

Con respecto al caso de China, puede reducirse a estos tres puntos principales: 1) el nombre o vocablo con el que debería designarse a Dios; 2) los honores tributados a Confucio; 3) los honores tributados a los antepasados difuntos.

En 1603 aparece la primera edición del catecismo redactado por Ricci, *Tianzhu shiyi (El verdadero significado del Señor del Cielo)*⁹, que sirvió para las primeras conversiones. En 1604, cuando la misión de China se hizo independiente de la provincia jesuítica de Japón, Ricci es nombrado superior. A pesar de su posición, su método de inculturación, sin embargo, encontró oposición dentro y fuera de la Compañía de Jesús. Debido a que la oposición se traducía muchas veces en escritos, Ricci se vio forzado a defenderse y publicar en 1609, poco antes de morir, su *Correspondencia Apologética (Bianxue yidu)*. La desaprobación de su método creció después de su muerte y, al fin, se llegó a la controversia de los Ritos Chinos.

Durante los más de veinticinco años que permaneció en China, Ricci compuso unos veinte libros,

⁹ M. RICCI, *The true meaning of the Lord of Heaven*, The Institute of Jesuit Sources, 1985, 485 pp.

Matteo Ricci, un jesuita en China

científicos y no científicos. Cinco de sus obras científicas se conservan en su totalidad, copiadas en el *Siku quanshu* (Gran Enciclopedia de las Cuatro Tesorerías), que contiene 36.000 *juan* (volúmenes chinos). El título colectivo de las cinco obras de Ricci es *Qiankun tiyi* («Tratado sobre el cielo y la tierra»).

La tensión y el cansancio a lo largo de los años debilitaron la salud de Ricci, que murió en Pekín a los cincuenta y siete años de edad, el 11 de mayo de 1610. Accediendo a los deseos de los compañeros jesuitas, el Emperador les permitió enterrarlo a las afueras de la puerta oriental de la ciudad de Pekín.

El lugar, conocido como Zhalaer, fue entregado en el siglo XIX al cuidado de los hermanos Maristas. Pero en 1900, con ocasión de *la rebelión de los boxers*, el sepulcro fue destruido primero y vuelto a reconstruir después. En 1966, durante la Revolución Cultural de Mao, la sepultura fue destruida por segunda vez, aunque ha sido parcialmente restaurada.

Los obispos chinos que asistieron al Concilio Vaticano II pidieron en 1963, por unanimidad, que el Papa introdujese la causa de beatificación de Matteo Ricci.

El exceso de inculturación de los jesuitas, es decir, el respeto y la asi-

milación de los rituales sociales de China y la reelaboración de los contenidos de la fe en los contextos culturales les trajeron problemas. En la liturgia católica, los jesuitas aceptaron muchos de sus rituales, lo que provocó la sospecha y la alarma de las jerarquías eclesiásticas. Los jesuitas en China eran de ideas avanzadas y mentalidad abierta. Pero la Controversia sobre los Ritos Chinos que se desarrolló entre los misioneros católicos, llegó a Roma y se dio por terminada con las disposiciones dictadas por Benedicto XIV en 1742.

Sólo en 1939 la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide* levantaba el juramento que pesaba sobre los misioneros, y daba como lícitas algunas ceremonias, consideradas civiles, en honor de Confucio y de los antepasados difuntos.

El mensaje de Juan Pablo II de 2001

La conclusión de este trabajo se expresa bien en un párrafo del mensaje de Juan Pablo II, el 24 de octubre de 2001, con ocasión del Congreso internacional celebrado en Roma para conmemorar los cuatrocientos años de la llegada de Matteo Ricci a Pekín: «La misma China, desde hace cuatro siglos, tiene en alta consideración a

Li Madou, “el sabio de Occidente”, como fue designado y se suele llamar incluso hoy al padre Matteo Ricci. Desde un punto de vista histórico y cultural, como pionero, fue un valioso eslabón de unión entre Occidente y Oriente, entre la cultura europea del Renacimiento y la cultura de China, así como, recíprocamente, entre la antigua y elevada civilización china y el mundo europeo».

Y continúa: «Como ya destacó, con íntima convicción, al dirigirme a los participantes en el Congreso internacional de estudio sobre Matteo Ricci, organizado con ocasión del IV centenario de su llegada a China (1582-1982), tuvo un mérito especial en la obra de *incul-*

turación: elaboró la terminología china de la teología y la liturgia católica, creando así las condiciones para dar a conocer a Cristo y encarnar su mensaje evangélico y la Iglesia en el marco de la cultura china. El padre Matteo Ricci de tal modo se hizo «chino con los chinos» que se convirtió en un verdadero sinólogo, en el sentido cultural y espiritual más profundo del término, puesto que en su persona supo realizar una extraordinaria armonía interior entre el sacerdote y el estudioso, entre el católico y el orientalista, entre el italiano y el chino»¹⁰. ■

¹⁰ *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de diciembre de 1982, p. 6.